

bajo todo lo posible por entrarles al Mercado, porque allí tenían toda su fuerza: pero no pudo más de llegar á vista de él, y ganalles aquellas Torres, y otras muchas, que estan junto al mismo Mercado, y es tanto casi como el circuíto de las muchas Torres de la Ciudad: y los de Caballo se vieron en harto trabajo, y les fue forzado retraherse, y al retraher les hirieron tres Caballos, y así se bolvieron Pedro de Albarado, y su Gente á su Real: y nosotros no quisimos ganar aquel día una Puente, y Calle de Agua, que quedaba no mas para llegar al Mercado, salvo allanar, y cegar todos los malos pasos, y al retrahernos apretaron reciamente; aunque fue á su costa.

Otro día entramos luego por la mañana en la Ciudad, y como no había por ganar fasta llegar al Mercado sino una traviesa de Agua (1) con su Albarrada, que estaba junto á la Torrecilla, que he dicho: comenzamosla á combatir, y un Alférez, y otros dos, ó tres Españoles echaronse al Agua, y los de la Ciudad desampararon luego el paso, y comenzóse á cegar, y aderezar para que pudiessemos pasar con los Caballos: y estando aderezando, llegó Pedro de Albarado por la misma Calle con quatro de Caballo, que fue sin comparación el placer, que obo la Gente de su Real, y del nuestro, porque era Camino para dar muy breve conclusion á la Guerra. Y Pedro de Albarado dejaba recaudo de Gente en las espaldas hilados, así para conservar lo ganado, como para su defensa: y como luego se aderezó el paso, yo con algunos de Caballo me fuy á ver el Mercado, y mandé á la Gente de nuestro Real, que no pasassen adelante de aquel paso. E despues, que andubimos un rato paseandonos por la Plaza, mirando los Portales de ella, los quales por las Azoteas estaban llenos de Enemigos; é como la Plaza era muy grande, y veían por ella andar los de Caballo no osaban llegar: y yo subí en aquella Torre grande, que está junto al Mer-

(1) Pudo ser donde hoy está el Puente, que llaman de las Guerras.

Mercado, y en ella tambien, y en otras hallamos ofrecidas ante sus Idolos las cabezas de los Christianos, que nos habían muerto, y de los Indios de Tascaltecal nuestros Amigos, entre quien siempre ha habido muy antigua, y cruel enemistad. E yo miré dende aquella Torre, lo que teníamos ganado de la Ciudad, que sin duda de ocho partes teníamos ganado las siete: é viendo, que tanto número de Gente de los Enemigos, no era posible sufrir-se en tanta angostura, mayormente que aquellas Casas, que les quedaban eran pequeñas, y puesta cada una de ellas sobre si en el Agua; y sobre todo la grandísima hambre, que entre ellos había, y que por las Calles hallabamos roidas las raíces, y cortezas de los Arboles; acordé de los dejar de combatir por algun día, y movelles algun partido, por donde no pereciesse tanta multitud de Gente: que cierto me ponía en mucha lástima, y dolor el daño, que en ellos se hacía, y continuamente les hacía acometer con la paz; y ellos decían, que en ninguna manera se habían de dar, y que uno solo, que quedasse, había de morir peleando, y que de todo lo que tenían, no habíamos de haber ninguna cosa, y que lo habían de quemar, y echar al Agua, donde nunca pareciese, y yo por no dar mal por mal, disimulaba en no los dar combate.

Como teníamos muy poca pólvora, habíamos puesto en plática, mas había de quince días, de hacer un Trabuco: (1) y aunque no había Maestros, que supiesen hacerle, unos Carpinteros se profirieron de hacer uno pequeño, y aunque yo tube pensamiento, que no habíamos de salir con esta obra, consenti, que lo ficiessen: y en aquellos días, que teníamos tan arrinconados los Indios, acabóse de hacer, y llevóse á la Plaza de el Mercado para lo asentar en uno como Teatro, (2)

EEEE

(1) Esta invencion de Trabuco de palo no era fácil de conseguir, aunque se conoce la ingeniosidad de Cortés, y que había leído Matemáticas.

(2) Este Teatro pudo estar en el mismo sitio, que hoy la Hermita junto á Santiago, que tiene un Atrio elevado.

XXXVIII. *Pagan los Españoles una Máquina. Cortés combate la Ciudad, reconociendo fingidas las respuestas, que le daban sobre la Paz. Mueren mas de doce mil Mexicanos. Lo que dijeron á Cortés los Principales de la Ciudad. Del Idolo Ochilobus.*

que está en medio de ella fecho de cal, y tanto quadrado, de altura de dos estados, y medio, y de esquina á esquina habrá treinta pasos: el qual tenían ellos para quando hacían algunas fiestas, y juegos, que los representantes de ellos se ponían allí, porque toda Gente de el Mercado, y los que estaban en bajo, y encima de los Portales pudiesen ver, lo que se hacía: y trahido allí, tardaron en lo asentado tres, ó quatro días; y los Indios nuestros Amigos amenazaban con él á los de la Ciudad, diciendoles, que con aquel ingenio les habíamos de matar á todos. Y aunque otro fruto no hiciera, como no hizo, sino el temor, que con él se ponía, por el qual pensabamos que los Enemigos se dieran, era harro, y lo uno, y lo otro defó, porque ni los Carpinteros fallieron con su intencion, ni los de la Ciudad, aunque tenían temor, movieron ningun partido para se dar, y la falta, y defecto de el Trabuco disimulámosla, con que movidos de compasión, no los queriamos acabar de matar.

Otro día despues de asentado el Trabuco, bolvímos á la Ciudad, y como ya había tres, ó quatro días, que no los combatíamos, hallamos las Calles, por donde íbamos, llenas de Mugeres, y Niños, y otra Gente miserable (1) que se morían de hambre, y salían traspadados, y flacos, que era la mayor lástima de el Mundo de los ver: y yo mandé á nuestros Amigos, que no les ficiessen daño alguno; pero de la Gente de Guerra no salía ninguno, adonde pudiesse recibir daño, aunque los veíamos estar encima de sus Azoteas, cubiertos con sus mantas, que usan, y sin Armas: y fize este día que se les requiriesse con la Paz, y sus respuestas eran disimulaciones; y como lo mas del día nos tenían en esto, embíeles á decir, que les quería combatir, que ficiessen retraher toda su Gente, si no, que daría licencia, que nuestros

(1) Propriamente lo que sucedió en el sitio de Jerusalem, según refiere Josepho de Bello Judáico.

Amigos los mataassen. Y ellos dijeron, que querían Paz: y yo les repliqué, que yo no veía allí el Señor, con quien se había de tratar, que venido, para lo qual le daría todo el seguro que quisiese, que hablaríamos en la Paz: E como vimos que era burla, y que todos estaban apercebidos para pelear con nosotros: despues de se la haber muchas vezes amonestado, por mas los estrechar, y poner en mas extrema necesidad, mandé á Pedro de Albarado, que con toda su Gente entrasse por la parte de un gran Barrio, que los Enemigos tenían, en que habría mas de mil Casas: y yo por la otra parte entré á Pie con la Gente de nuestro Real, porque á Caballo no nos podíamos por allí aprovechar. Y fue tan recio el combate nuestro, y de nuestros Enemigos, que les ganamos todo aquel Barrio: (1) y fue tan grande la mortandad, que se hizo en nuestros Enemigos, que muertos, y presos pasaron de doce mil Animas, con los quales osaban de tanta crueldad nuestros Amigos, que por ninguna via á ninguno daban la vida, aunque mas reprendidos, y castigados de nosotros eran.

Otro día siguiente tornamos á la Ciudad, y mandé, que no peleassen, ni ficiessen mal á los Enemigos: y como ellos veían tanta multitud de Gente sobre ellos; y conocían, que los venían á matar sus Vasallos, y los que ellos solían mandar, y veían su extrema necesidad, y como no tenían donde estar sino sobre los cuerpos muertos de los suyos, con deseo de verse fuera de tanta desventura; decían: que porque no los acababamos ya de matar, (2) y á mucha priesa dijeron, que me llamasen, que me querían hablar. E como todos los Españoles deseaban, que ya esta Guerra se concluyesse, y habían lástima de tanto mal, como se hacía, holgaron mucho, pensando que los Indios querían Paz: y con mucho placer vinieronme á llamar, y importunar, que me llegasse á una Albarrada, donde estaban ciertos Principales,

EEEEZ por

(1) Cerca de Tlatelolco está el Barrio de Sanconpica.
 (2) Esta fue execration, y dureza de Corazon.

porque querían hablar conmigo. E aunque yo sabía, que había de aprovechar poco mi ida, determiné de ir como quiera, que bien sabía, que el no darse estaba solamente en el Señor, y otros tres, ó quatro Principales de la Ciudad, porque la otra Gente muertos, ó vivos deseaban ya verse fuera de allí. Y llegado al Albarada, dijeronme: „ Que pues ellos me tenían por Hijo del Sol, y el Sol en tanta brevedad como era en un día, y una noche daba vuelta á todo el Mundo, que porque yo así brevemente no los acababa de matar, (1) y los quitaba de penar tanto, porque ya ellos tenían deseos de morir, y irse al Cielo para su Ochilobus, (2) que los estaba esperando para descansar; y este Idolo, es el que en mas veneracion ellos tienen. Yo les respondí muchas cosas para los atraer, á que se diessen, y ninguna cosa aprovechaba, aunque en nosotros veían mas muestras, y señales de Paz, que jamas á ningunos vencidos se mostraron, siendo nosotros con el ayuda de nuestro Señor los Vencedores.

Puestos los Enemigos en el último extremo, como de lo dicho se puede colegir, para los quitar de su mal propósito, como era la determinacion, que tenían de morir: hablé con una Persona bien Principal entre ellos, que teníamos preso, al qual dos, ó tres días antes había prendido un Tio de Don Fernando, Señor de Tezaco, peleando en la Ciudad, y aunque estaba muy herido, le dije: si quería bolver á la Ciudad; y él me respondió, que sí, y como otro día entramos en ella, embiéle con ciertos Españoles, los quales lo entregaron á los de la Ciudad; y á este Principal yo le había hablado largamente, para que hablasse con el Señor, y con otros Principales sobre la Paz: y él me prometió de hacer sobre ello, todo lo que pudiesse. Los de la Ciudad

lo

(1) Grande lástima, pero altísimos juicios de Dios, pues moralmente era imposible, que sin destrucción de el Imperio Mexicano entrasse el de nuestros Católicos Soberanos, pues los Naturales siempre hablan de reclamar por su Señor.

(2) Huitzilopoztli primer Caudillo de los Mexicanos, y el Dios principal de México, y de la Guerra; otro Marte de los Romanos.

XXXIX. Embia Cortés un Cautivo Principal á hablar con Quatimoc de Paz, el qual le hace sacrificar, y manda pelear furiosamente. Ofrecen los Mexicanos, que vendrá Quatimoc á hablar á Cortés, y se le pre para el recibimiento; y porque no quiso venir, y lo que le respondió Cortés.

lo recibieron con mucho acatamiento, como á Persona Principal; y como lo llevaron delante de Guatimucin su Señor, y él le comenzó á hablar sobre la Paz, dizque luego lo mandó matar, y sacrificar; y la respuesta que estabamos esperando, nos dieron con venir con grandísimos alaridos, diciendo; que no querían sino morir: y comienzan á nos tirar Varas, Flechas, y Piedras, y á pelear reciamente con nosotros; y tanto, que nos mataron un Caballo con un Dalle, (1) que uno trahia hecho de una Espada de las nuestras; y al fin les costó caro, porque murieron muchos de ellos: y así nos volvimos á nuestros Reales aquel día.

Otro día tornamos á entrar en la Ciudad, y ya estaban los Enemigos tales, que de noche osaban quedar en ella de nuestros Amigos infinitos de ellos. Y llegados á vista de los Enemigos, no quisimos pelear con ellos, sino andarnos paseando por su Ciudad, porque teníamos pensamiento, que cada hora, y cada rato se habían de salir á nosotros. E por los inclinar á ello, yo me llegué, cabalgando cabe una Albarrada suya, que tenían bien fuerte, y llamé á ciertos Principales, que estaban detras, á los quales yo conocía, y dijeles: „ Que pues se vían tan perdidos, y conocían, que si yo quisiese, en una hora no quedaria ninguno de ellos, que porque no venia á me hablar Guatimucin su Señor, que yo le prometia de no hacerle ningun mal: y queriendo él, y ellos venir de Paz, que serían de mi muy bien recibidos, y tratados. „ Y pasé con ellos otras razones, conque los provoqué á muchas lágrimas: (2) y llorando me respondieron: „ Que bien conocían su yerro, y perdicion, y que ellos querían ir á hablar á su Señor, y me volverían presto con la respuesta, y que no me fuese de allí. „ E ellos se fueron, y volvieron dende á un rato, y dijeronme: „ Que porque ya era tarde, su Señor no había venido; pero que otro día á medio día vendría en todo caso á me hablar en la Plaza del Mercado: „ y así nos fuimos á nuestro Real. Y

FFFF

yo

(1) Dalle es especie de Daga puesta en una Hasta.

(2) Ocupados de el terror como los miserables Gabaonitas. Josue cap. 2. vers. 9. Aunque Cortés imitó la mansedumbre de Josué. cap. 9.

yo mandé, para otro día, que tubiesen aderezado allí en aquel Quadrado alto, que está en medio de la Plaza, para el Señor, y Principales de la Ciudad un Estrado, como ellos lo acostumbra, y que tambien les tubiesen aderezado de comer: y así se puso por obra.

Otro día de mañana fuimos á la Ciudad, y yo avisé á la Gente, que estubiese apercebida, porque si los de la Ciudad acometiesen alguna Traicion, no nos tomassen descuidados. E á Pedro de Alvarado, que estaba allí le avisé de lo mismo: y como llegamos al Mercado, yo embié á decir, y hacer saber á Guatimucin, como le estaba esperando: el qual, segun pareció, acordó de no venir: y embióme cinco de aquellos Señores Principales de la Ciudad, cuyos Nombres, porque no hacen mucho al caso, no digo aquí. Los quales llegados, dijeron, que su Señor me embiaba á rogar con ellos, que le perdonasse, porque no venia, que tenía mucho miedo de parecer ante mí, y tambien estaba malo, y que ellos estaban allí, que viesse lo que mandaba, que ellos lo harían; y aunque el Señor no vino, holgamos mucho, que aquellos Principales viniessen, porque parecía, que era camino de dar presto conclusion á todo el negocio. Yo los recibí con semblante alegre, y mandéles dar luego de comer, y de beber: en lo qual mostraron bien el deseo, y necesidad, que de ello tenían. E despues de haber comido, dijeles, que hablassen á su Señor, y que no tubiese temor ninguno: y que le prometía, que aunque ante mí viniessen, que no le sería hecho enojo alguno, ni sería detenido, porque sin su presencia en ninguna cosa se podía dar buen asiento, ni concierto: y mandéles dar algunas cosas de refresco, que le llevassen para comer; y prometieronme de hacer en el caso todo lo que pudiesen: y así se fueron. E dende á dos horas volvieron, y trajeronme unas Mantas de Algodon buenas, de las que ellos usan: y dijeronme, que en ninguna manera Guatimucin, su Señor, vendría, ni quería venir, y que era escusado hablar en ello. Y yo les torné á repetir, que no sabía la causa, porque él se recelaba venir ante mí, pues veía que á ellos, que yo sabía q̄ habían sido los causadores principales de la Guerra,

*En esta Carta se
habla de la
Ciudad de
Cortés, y de
la Plaza
del Mercado,
y de la
Ciudad de
Cortés, y de
la Plaza
del Mercado,
y de la
Ciudad de
Cortés, y de
la Plaza
del Mercado,*

y que la habían sustentado, les hacía buen tratamiento, que los dejaba ir, y venir seguramente, sin recibir enojo alguno: que les rogaba, que le tornassen á hablar, y mirassen mucho en esto de su venida, pues á él le convenia, y yo lo hacía por su provecho; y ellos respondieron, que así lo harían, y que otro día me volverían con la respuesta; y así se fueron ellos, y tambien nosotros á nuestros Reales.

Otro día bien de mañana aquellos Principales vinieron á nuestro Real, y dijeronme, que me fuese á la Plaza del Mercado de la Ciudad, porque su Señor me quería ir á hablar allí; y yo, creyendo que fuera así, cabalgué, y tomamos nuestro camino, y estúbele esperando, donde quedaba concertado, mas de tres, ó quatro horas, y nunca quiso venir, ni parecer ante mí. E como yo ví la burla, y que era ya tarde, y que ni los otros Mensajeros, ni el Señor venían, (1) embié á llamar á los Indios nuestros Amigos, que habían quedado á la entrada de la Ciudad, casi una legua de donde estábamos, á los quales yo había mandado, que no pasassen de allí, porque los de la Ciudad me habían pedido, que para hablar en las Paces, no estubiese ninguno de ellos dentro: y ellos no se tardaron, ni tampoco los del Real de Pedro de Alvarado. E como llegaron, comenzamos á combatir unas Albarradas, y Calles de Agua, que tenían, que ya no les quedaba otra mayor fuerza: y entramosles, así nosotros, como nuestros Amigos, todo lo que quisimos. E al tiempo que yo salí de el Real, había proveído, que Gonzalo de Sandoval entrasse con los Bergantines por la otra parte de las Casas, en que los Indios estaban fuertes: por manera, que los tubiessemos cercados, y que no los combatiessen, hasta que viesse que nosotros combatiamos: por manera, que por estar así cercados, y apretados, no tenían paso por donde andar, sino por encima de los muertos, y por las Azoteas, que les

*XL. Cortés,
viendo que no
venia Quante-
moc, embiase
el resto de la
Ciudad, y son
muertos, y cau-
tivos mas de cin-
cuenta y cinco
mil Indios, y de
hambre, y sed
mueren mas de
otros cincuenta
mil. Garcia
Holguin pven-
de á Quante-
moc, y al Rey
de Tacuba.*

FFFF2

(1) Es de alabar la Paciencia, y Caridad de Cortés, viendose burlado tantas veces.

quedaban: y á esta causa, ni tenían, ni hallaban Flechas, ni Varas, ni Piedras, con que nos ofender: y andaban con nosotros nuestros Amigos á Espada, y Kodeja; y era tanta la mortandad, que en ellos se hizo por la Mar, y por la Tierra, que aquel día se mataron, y prendieron mas de quarenta mil Animas: y era tanta la grita, y lloro de los Niños, y Mugerres, que no había Persona, á quien no quebrantasse el corazon: (1) é ya nosotros teníamos mas que hacer en estorvar á nuestros Amigos, que no matassen, ni hiciesen tanta crueldad, que no en pelear con los Indios: la qual crueldad nunca en Generacion tan recia se vió, ni tan fuera de toda orden de naturaleza, como en los Naturales de estas Partes: nuestros Amigos hubieron este día muy gran despejo, el qual en ninguna manera les podíamos resistir, porque nosotros eramos obra de nuevecientos Españoles, y ellos mas de ciento, y cincuenta mil Hombres: y ningun recaudo, ni diligencia bastaba para los estorvar que no robassen, aunque de nuestra parte se hacía todo lo posible. Y una de las cosas porque los días antes yo rehusaba de no venir en tanta rotura con los de la Ciudad, era porque tomándolos por fuerza, habían de echar lo que tubiessen en el Agua, y ya que no lo hiciesen, nuestros Amigos habrían de robar todo lo mas que hallassen; y á esta causa temía, que se habría para Vuestra Magestad poca parte de la mucha Riqueza, que en esta Ciudad había, y según la que yo antes para Vuestra Alteza tenía; y porque ya era tarde, y no podíamos sufrir el mal olor de los muertos, que había de muchos días por aquellas Calles, que era la cosa del Mundo mas pestilencial, nos fuimos á nuestros Reales. Y aquella tarde dejé concertado, que para otro día siguiente, que habíamos de volver á entrar, se aparejassen tres Tiros gruesos, que teníamos para llevar-

(1) *Gens dura Cervicit, Gens absque Consilio*: Pero no hay que admirarse, pues por no entregarle los Numantinos, y Saguntinos, que son los primeros los de Soria, y los segundos los de Morviedro en España, se quemaron todos vivos, Bienes, y Casas, y esto se refiere por Heroicidad contra los Romanos, y otro exemplar semejante se refiere de los Naturales de la Villa de Valdeñas.

los á la Ciudad, porque yo temía, que como estaban los Enemigos tan juntos, y que no tenían por donde se rodear, queriendoles entrar por fuerza, sin pelear podrían entre si ahogar los Españoles, y quería dende acá hacerles con los Tiros algun daño, porque saliesen de allí para nosotros. E al Alguacil Mayor mandé, que así mismo para otro día, que estubiese apercebido para entrar con los Bergantines por un Lago de Agua grande, que se hacía entre unas Casas, donde estaban todas las Canoas de la Ciudad recogidas: y ya tenían tan pocas Casas, donde poder estar, que el Señor de la Ciudad andaba metido en una Canoa con ciertos Principales, que no sabían, que hacer de si, y de esta manera quedó concertado, que habíamos de entrar otro día por la mañana.

Siendo ya de día hize apercebir toda la Gente, y llevar los Tiros gruesos: y el día antes había mandado á Pedro de Albarado, que me esperasse en la Plaza de el Mercado, y no diese combate fasta que yo llegasse; y estando ya todos juntos, y los Bergantines apercebidos todos por detras de las Casas de el Agua, donde estaban los Enemigos, mandé, que en oyendo soltar una Escopeta, que entrassen por una poca parte, que estaba por ganar, y echassen á los Enemigos al Agua hacia donde los Bergantines habían de estar á punto: y aviséles mucho, que mirassen por Guatimucin, (1) y trabajassen de lo tomar á vida, porque en aquel punto cesaría la Guerra. E yo me subí encima de una Azotea, y antes del combate hablé con algunos de aquellos Principales de la Ciudad, que conocía, y les dije:

„ Que era la causa, porque su Señor no quería venir,

„ que pues se veían en tanto extremo, que no diesen

„ causa, á que todos perciesen, y que lo llamassen, y

„ no obiesen ningun temor; „ y dos de aquellos Principales pareció, que lo iban á llamar. E dende á poco

bol-

GGGG

(1) Por el Emperador Quatecmotzin.

bolvió con ellos uno de los mas Principales de todos aquellos, que se llamaba Ciguacoacin, y era el Capitan, y Gobernador de todos ellos, é por su Consejo se seguian todas las cosas de la Guerra; y yo le mostré buena voluntad, porque se asegurasse, y no tubiese temor: y al fin me dijo, que en ninguna manera el Señor venia ante mí: y antes quería por allá morir, y que á él pesaba mucho de esto, que hiciesse yo lo que quisiesse; y como vi en esto su determinacion, yo le dije: que se volviesse á los suyos, y que él, y ellos se aparejassen, porque los quería combatir, y acabar de matar, y así se fue. Y como en estos conciertos se pasaron mas de cinco horas, y los de la Ciudad estaban todos encima de los muertos, y otros en el Agua, y otros andaban nadando, y otros ahogándose en aquel Lago, donde estaban las Canoas, que era grande: era tanta la pena, que tenian, que no bastaba juicio á pensar, como lo podian sufrir; y no hacían sino salirse infinito número de Hombres, y Mugerres, y Niños hacia nosotros. Y por darse prisa al salir, unos á otros se echaban al Agua, y se ahogaban entre aquella multitud de muertos, que segun pareció, de el Agua salada, que bebían, y de la hambre, y mal olor, había dado tanta mortandad en ellos, que murieron mas de cincuenta mil Animas: Los cuerpos de las quales, porque nosotros no alcanzásemos su necesidad, ni los echaban al Agua, porque los Bergantines no topassen con ellos, ni los echaban fuera de su conversacion, porque nosotros por la Ciudad no lo viésemos: y así por aquellas Calles, en que estaban, hallabamos los montones de los muertos, que no había Persona, que en otra cosa pudiesse poner los pies; y como la Gente de la Ciudad se saltó á nosotros, yo había proveido, que por todas las Calles estubiesen Españoles para estorbar, que nuestros Amigos, no matassen á aquellos tristes, que salían, que eran sin cuento. Y tambien dije á todos los Capitanes de nuestros Amigos, que en ninguna manera consintiesen matar, á los que

salían: y no se pudo tanto estorbar, como eran tantos, que aquel día no mataron, y sacrificaron mas de quin- ce mil Animas; y en esto todavia los Principales, y Gente de Guerra de la Ciudad se estaban arrinconados, y en algunas Azoteas, y Casas, y en el Agua, donde ni les aprovechaba disimulacion, ni otra cosa, porque no viésemos su perdicion, y su flaqueza muy á la clara: viendo que se venia la tarde, y que no se querían dar fize asentar los dos Tiros gruesos hacia ellos, para ver si se darian, porque mas daño recibieran en dar licencia á nuestros Amigos, que les entraran, que no de los Tiros, los quales hicieron algun daño. E como tampoco esto aprovechaba, mandé soltar la Escopeta: y en soltandola, luego fue tomado aquel rincón, que tenian, y echados al Agua, los que en él estaban, otros, que quedaban sin pelear, se rindieron: é los Bergantines entraron de golpe por aquel Lago, y rompieron por medio de la Flota de Canoas, y la Gente de Guerra, que en ellas estaba, ya no osaban pelear: y plúgo á Dios, que un Capitan de un Bergantin, que se dice Garci Holguin, llegó en pos de una Canoa, en la qual le pareció, que iba Gente de manera: y como llevaba dos, ó tres Ballesteros en la Proa de el Bergantin, y iban encarando en los de la Canoa, hicieronle señal, que estaba allí el Señor, que no tirassen, y saltaron de presto, y prendieronle á él, y aquel Guautimucin, (1) y aquel Señor de Tacuba, y á otros Principales, que con él estaban: y luego el dicho Capitan Garci Holguin me trujo allí á la Azotea donde estaba, que era junto al Lago al Señor de la Ciudad, y á los otros Principales presos: el qual como le fize sentar, no mostrandole riguridad ninguna, llegóse á mí, y dijome en su lengua: „ Que ya él había hecho todo, lo que de su parte era „ obligado para defenderse á sí, y á los suyos, hasta

GGGGz

„ ve-

(1) Este Quatecmotzin fue preso, y dió su Puñal, como despues se dirá para que le matassen: y es mucho que, como el Emperador Othon, no se matasse á sí mismo.